

El alemán y otros turistas



daderos intereses de la nación. Cuando se aleja del país es para hacernos un servicio hablando de nosotros con simpatía en el extranjero y propagando por todas partes nuestras bellezas naturales, nuestras riquezas y nuestras cualidades. Cuando permanece entre nosotros, es para identificarse con nuestra racialidad, para incrementar honradamente nuestra riqueza nacional y para civilizar a golpes de paciencia los bosques húmedos y frondosos del Sur.

Los turistas y residentes de los restantes países sajones se cuentan en muy poca escala. Holandeses, suecos, noruegos, dinamarqueses, hacen vida aparte en sus agrupaciones. Ganan dinero y nos hacen ganarlo. Entre ellos se destacan los suizos, gente inteligente y culta, amabilísima y encantadora, que nos comprenden y nos quieren y que representan ya un pequeño núcleo organizado y fuertes intereses económicos en el país. Es sensible que sean tan pocos porque les debemos grandes beneficios.

Quedan, por último, los turistas latino-americanos que pueden reducirse, fundamentalmente, al argentino. Este no es un hombre sino un nacional del Plata que gusta de dejar atónito al pesito del Mapocho. El

EL alemán difiere radicalmente de los demás turistas sajones. Generalmente, sus viajes son de estudio y en la tierra donde llega hace el mayor acopio de conocimientos posible. No nos observa con la mirada impertinente del inglés y la calculadora del yanqui. Nos estudia con ojo científico y pacienzudo. Cualquiera de nuestros países es para él una nación como cualquiera otra, una nación que cualquier día puede llegar a ser un apoyo para la fuerte Alemania. Es aún más curioso que el inglés y el yanqui, pero la suya es una curiosidad respetuosa, pacífica y esencialmente constructiva. De esa curiosidad paciente y metódica resultan, un tiempo después, nuevos estudios científicos en diversos ramos sobre Chile y sus existencias. En el fondo, para él, como para los demás europeos, no pasamos de ser unos chicos morenos y pretenciosos, unos pobres diablos incapaces de comprender a Goethe, al "Canciller de Hierro" y al "Deustchland Uber Alles".

Sin embargo, el turista alemán es el más efusivo de todos. Es una efusividad candorosa, mecánica, llena de genuflexiones y de rígidas cortesías. Sabe perfectamente que no debe herir las susceptibilidades de nadie y se esfuerza por comprender y agasajar al natural del país. No se sienta en casa propia y trata de que su estada sea grata para el dueño y provechosa para él. En cada alemán que nos visita hay escondido un hombre de ciencia o un trabajador infatigable.

Cuando permanece en el país, se agrupa en una colonia como todas las demás. Pero es una colonia más asequible, más simpática, más nuestra. Tiende a fusionarse muy pronto con nuestra raza y las mujercitas morenas del Sur tienen para él un atractivo irresistible. El resultado lo tenemos en el florecimiento maravilloso de las provincias australes y el óptimo tipo germano-chileno de tez atezada y ojos azules, emprendedor y pacienzudo, sufrido y batallador. El turista alemán es el que más conviene a los ver-



tourista argentino viene hacia nosotros por ahorro y por curiosidad. Viene, además, por espíritu de ostentación, de vanidad y de comparación. Santiago, con color y con carácter, le parece mediocre y pequeño al lado de Buenos Aires incoloro y snob. Es hombre que hace sonar sus nacionales, que ve cuánto quiere ver, que goza de todas las comodidades y que al volver a su tierra se encuentra todavía con dinero sobrante. Aprovecha con avidez el cambio tan favorable y no pierde ocasión de recalcar que viene en viaje de veraneo porque su dinero se lo permite. Es gente abigarrada y heterogénea que está llenando nuestros balnearios con su castellano aduletero, sus tangueros cadenciosos y sus elegancias demasiado llamativas. Sólo les deja ganancia a los hoteleros y llega y se va sin

despertar en nosotros ningún sentimiento de simpatía ni de fraternidad, salvo la obligada de las notas diplomáticas y los editoriales de diario.

M A N U E L
E D U A R D O
H U B N E R

